



EL
HONOR
DE LA
PREDICACIÓN

PARTICIPANDO EN LA TRANSFORMACIÓN
QUE DIOS OPERA EN EL MUNDO

DARRELL W. JOHNSON



EL
HONOR
DE LA
PREDICACIÓN

PARTICIPANDO EN LA TRANSFORMACIÓN
QUE DIOS OPERA EN EL MUNDO

DARRELL W. JOHNSON

Contenido

Prólogo	5
Siempre sucede algo	

Parte I

Fundamentos teóricos respecto a formar parte
de la obra de Dios

1. ¿Por qué sucede lo que sucede?	21
Una visión: Ezequiel 37	
2. ¿De veras que siempre sucede algo?	35
Una parábola: Mateo 13	
3. ¿Dónde sucede?	59
Un paradigma para la predicación expositiva	
4. ¿Cómo sucede?	87
Verbos de participación	

Parte II

Detalles operativos respecto a formar parte
de la obra de Dios

5. La transición del pasaje bíblico al sermón	119
Vivir el pasaje bíblico	
6. El sermón	153
El orden y la oralidad	

7. Llevar a la práctica el sermón en el diario vivir	185
Sus consecuencias y su ejecución	
8. La persona del predicador	201
La verdad por medio de la persona	
9. La vida del predicador	225
Vive tu vida según...	

Parte III

Nuevamente: Fundamentos teóricos

10. Permanecer en el misterio	261
El espacio en el que predicamos	
Epílogo	287
Un sermón	

Prólogo

Siempre sucede algo

Cada vez que alguien, con Biblia en mano, se coloca frente a un grupo de personas y los invita a leer un pasaje determinado de la Biblia y luego intenta de la manera más fiel posible repetir lo que el Dios viviente dice en el pasaje bíblico, siempre sucede algo. Siempre sucede algo que logra transformar, facultar e inspirar.

Sí, ya sé que me he tomado el atrevimiento de afirmar esto. No faltará quien diga que esta afirmación es sumamente atrevida, incluso audaz. Habrá quienes la vean como muy simplista e ingenua. Lo entiendo. Con frecuencia me digo lo mismo. Sin embargo, me mantengo firme en esta afirmación. Se trata del honor de la predicación.

Creo firmemente que la predicación de la Palabra de Dios cambia el mundo. Creo firmemente que la predicación del evangelio de Jesucristo cambia personas, vecindarios, ciudades y naciones, pues cuando predicamos las buenas noticias de Jesucristo (que es básicamente lo que proclama cada uno de los pasajes de la Biblia) resultamos involucrados con el Dios vivo en el proceso constante de transformación del mundo. No es que la predicación sea el único medio que Dios utiliza. Obviamente Dios también lleva a cabo su transformación divina por medio de una variedad de ministerios, como grupos pequeños, mentores espirituales, grupos de música, grupos que propugnan la justicia social, aquellos que promueven la sanidad divina, el asesoramiento espiritual, por medio de los cultos y la oración intercesora. Pero, Dios ha elegido, sin duda alguna, transformar el mundo mediante el ministerio de la predicación, por medio de la exposición de pasajes bíblicos con el poder del Espíritu que los inspira. «Dios... tuvo a bien salvar», escribe el apóstol Pablo, «mediante la locura de la predicación, a los que creen» (1Co 1.21).

6 EL HONOR DE LA PREDICACIÓN

Dios salva al mundo por medio de la cruz y «el mensaje de la cruz» (1Co 1.18). Dios salva al mundo por medio del evento de la pasión de Jesús y la proclamación de ese evento. Resulta que la propia predicación es un evento salvífico.

Una vez más, estoy consciente que lo dicho es una afirmación atrevida. Sin embargo, me mantengo firme en esta afirmación. El Dios trino lleva a cabo el milagro de la transformación por medio de un predicador que siempre es imperfecto y cuya proclamación jamás es perfecta.

La siguiente historia nos permitirá entender la razón por la que escribí este libro.

En cierta ocasión, una amiga y yo nos encontrábamos saliendo de la iglesia. Yo había terminado de predicar acerca del Jesús del que nos narra Juan 2.1-11, el Jesús que convierte el agua en vino en una boda en Caná de Galilea. Comentábamos con beneplácito cuán maravillosamente el Espíritu de Dios había obrado en el sermón y por medio de este. Aparentemente la mayoría de los congregantes fueron profundamente conmovidos y una esperanza renovada los reanimó.

El sermón había enfatizado que lo que Jesús hizo en esa boda constituye el acto más milagroso de los realizados por Jesús, superado únicamente por el que se realizó en Jesús la mañana del día de la Pascua. Es el más milagroso porque, a diferencia de cualquier otro hecho portentoso realizado por Jesús, en este caso no solamente cambió lo que ya existía, sino que produjo algo que no existía. En todos sus milagros de sanidad, por ejemplo, Jesús toca lo que ya está allí, lo que no está funcionando correctamente, y pone las cosas nuevamente en orden.¹ Por ejemplo, en la alimentación de los 5,000 (el portento del que dan cuenta todos los evangelios) Jesús toma lo que ya hay —cinco panes y dos peces— y produce muchos más panes y peces. Es un hecho realmente impresionante. En Caná, sin embargo, Jesús no produce más de lo que ya hay; crea lo que todavía no existe. La manera como lo expresé en mi sermón fue: «Los ingredientes para el vino no estaban en las tinajas del agua». Mencioné que muchos expositores de Juan 2.1-11 suelen citar a San Agustín quien, cuando trató de resolver lo milagroso de ese acto, dijo algo así como: «El Creador está siempre convirtiendo el agua en vino, usualmente a través de un proceso lento, natural; en Caná, el Creador, ahora en nuestra carne y sangre, simplemente aceleró

el proceso». Pero, mi argumento fue que no era así en este caso. El Creador está siempre convirtiendo el agua y las uvas en vino mediante un proceso lento, natural, pero él no está convirtiendo solamente agua en vino. En Caná, Jesús no aceleró un proceso natural. No hay proceso natural que pueda sacar vino solamente de agua. Los ingredientes para el vino no están en las tinajas del agua; allí no hay uvas, hay solamente agua. Jesús no está simplemente transformando lo que ya está allí. Esta creado algo que allí no existe.

¡Cómo me hubiera gustado haberlos tenido a todos ustedes como testigos del gozo que surgía en ese recinto a partir del pasaje bíblico! Yo lo percibí especialmente cuando llegamos a una de las conclusiones del pasaje bíblico: «Cuando Jesús promete hacer una obra nueva en ustedes, los ingredientes para la nueva obra no tienen que estar presentes», aseguré; «él puede crear algo totalmente nuevo sin la condición previa de ingredientes ya existentes».

Así que, al salir mi amiga y yo de la iglesia, nuestros corazones rebosaban de esperanza, conscientes de que casi todos los que habían estado presentes ese día ingresaban a «una lectura alternativa de la realidad» que da origen a esa clase de fe.² Sabiendo que yo venía desde hacía algún tiempo orando en torno a solicitudes que se me habían hecho para que escribiera un libro sobre predicación, ella me dijo: «Darrell, no creo que puedas plasmar en un libro lo que acaba de suceder en ese momento de predicación».

«¿Por qué?» —le pregunté.

«Porque lo que acaba de suceder trasciende lo que tú como predicador estabas haciendo, es algo muy «distinto» a lo que tú hacías».

Mi corazón palpité de alegría. Entonces le pregunté: «¿Me estás diciendo que ni siquiera debo tratar de articular lo que acaba de pasar?»

«No» —respondió con su gentil dejo sureño estadounidense³— «lo que estoy diciendo es que quizá no sea posible. Yo creo que tú lo puedes expresar muy bien en persona mientras interactúas con los estudiantes y con otros predicadores cara a cara; pero no creo que ni tú, ni ninguna otra persona, pueda plasmarlo por escrito».

Tienen en sus manos el intento que plasmar lo que quizá no sea posible realizar. Tienen en sus manos mi intento de explorar y articular la honra de la predicación.

8 EL HONOR DE LA PREDICACIÓN

Yo no escribo como si fuera un especialista en predicación. A juzgar por lo que digo en este libro acerca de la predicación, podrán apreciar las razones por las cuales yo no creo que alguien pueda llegar a ser todo un especialista. A la hora de escribir este libro, he venido ejerciendo la predicación por casi cuatro décadas (desde la primavera de 1970). Entonces, me pueden considerar un predicador experimentado (y profesor de homilética), pero no me consideren un experto. El término *experto* da a entender que dominas la materia y que ejerces cierto grado de control sobre ella. No creo haber llegado a dominar la materia y, como verán en este libro, definitivamente no creo haber llegado a tener control sobre el acto de la predicación (ningún ser humano es capaz de ello). Prefiero que me consideren un entrenador o *coach* o alguien que anima a los demás. Escribo en calidad de un estudiante más de predicación, como uno que todavía sigue aprendiendo. Me considero, por la gracia de Dios, un discípulo del gran Predicador, del propio Jesús. Soy su estudiante y siempre lo seré.

Permítanme explicar, de manera preliminar, algunas de las convicciones fundamentales de las que parto en este libro:

1. *Cuando el Dios viviente habla, siempre sucede algo.* «Sea la luz». Y fue la luz —luz, mucha luz. «¡Silencio! ¡Cálmate!». Y el viento y el mar se calmaron. «¡Lázaro, sal fuera!». Y Lázaro, que había estado muerto, salió de la tumba.
2. *Cuando el predicador proclama el discurso de Dios, Dios habla.* Aquí me permito parafrasear las palabras de Martín Lutero.⁴ Su afirmación se encuentra en el centro de la tradición reformada, de la cual provengo. *Predicatio verbi Dei est verbum Dei*: «La predicación de la Palabra de Dios es la Palabra de Dios» (Segunda Confesión Helvética).⁵
3. *Por lo tanto, cuando el predicador pronuncia el discurso de Dios, siempre sucede algo.* ¿Siempre?

Me ocuparé en desarrollar y defender estas convicciones en lo que resta del libro.

Estas convicciones constituyen las materias concretas de los capítulos uno, dos y tres.

Hay algo más que vale la pena mencionar también de manera preliminar. Algo sucede. ¿Qué es lo que sucede? Creo que cada vez

que los seres humanos salen de algún momento de predicación⁶ (un momento constituido por la predicación de la Palabra de Dios), llevan consigo

- una visión más clara del Dios viviente en Jesús (quien, según él mismo, es el sujeto de todo pasaje bíblico y, por lo tanto, de todo sermón sobre todo pasaje bíblico)⁷
- una mejor comprensión del evangelio de Jesús, las buenas noticias de lo que Dios ha hecho, continúa haciendo y hará en Jesús
- una «lectura alternativa de la realidad», una perspectiva diferente y más redentora de las circunstancias, los desafíos y los temores en sus vidas
- una nueva forma de pensar, sentir, actuar y responder que está delineada por una visión más clara, una mejor comprensión y una lectura alternativa
- un nuevo poder que los faculte a andar en la nueva realidad a la cual el pasaje bíblico predicado los ha llevado

A medida que se desarrolla el contenido del libro estaré aclarando y aplicando estas convicciones, especialmente en los capítulos tres, cuatro y diez.

La frase clave en el título de este libro es *formar parte de*. La he escogido por dos razones. En primer lugar, puesto que el evangelio de Jesucristo es la buena noticia de que, en virtud de lo que Jesús ya logró («todo se ha cumplido», Jn 19.20), él puede invitarnos, y en efecto, nos invita a participar en su vida (lo cual, a la postre, es la vida íntima del Dios trino). Cada vez que escribo o pronuncio esas palabras siento como si danzara, o al menos con los ímpetus para prorrumper en un «amén». Gracias a Jesús, a su obra en la cruz, a su resurrección y ascensión, nosotros, simples seres humanos, simples seres humanos pecadores, estamos incluidos en la vida misma de la Trinidad; estamos incluidos en la relación filial de Jesús con aquel a quien él llama Padre; estamos incluidos en la relación que él tiene con aquel a quien él llama Paracleto, el Espíritu de verdad y vida; estamos incluidos en su condición⁸ de «Hijo», y, por lo tanto, en su ministerio⁹ en calidad de «Hijo». Jesús nos invita a que formemos parte junto a él en su ministerio como profeta, sacerdote y rey (o, si lo prefieren, revelador, redentor y regente).¹⁰ Ser llamados

al ministerio de oración intercesora significa formar parte de su ministerio de oración intercesora; ser llamados al ministerio de la enseñanza significa formar parte de su ministerio de enseñanza; y así sucesivamente de tal manera que abarcamos la amplitud del ministerio de Jesús en el mundo y a favor de este. Y ser llamados al ministerio de la predicación significa formar parte de su ministerio de predicación.

Escogí la frase *formar parte de* por otra razón, una que libera y que faculta. En un último análisis, el peso del triunfo de la predicación descansa en los hombros del Predicador por excelencia, en los hombros de Jesús. (Estoy consciente de que el término «Predicador» en la Biblia se refiere usualmente al autor del Eclesiastés, pero confío en que ustedes estarán de acuerdo conmigo en que esa palabra es más apropiada si se aplica a Jesús de Nazaret). Lo que hace que la predicación funcione es el Predicador quien, por su Espíritu, realiza su labor en el pasaje bíblico y con este, en el predicador y con este, en los oyentes y con estos. La predicación produce resultados porque de alguna manera el Predicador, que resucitó y ascendió a los cielos, y que es el objeto de la predicación, es el que realiza la predicación. No nos paramos solos delante de los demás, con Biblia en mano; nos paramos en el nombre de Jesús y junto con él. Formamos parte de la actividad de alguien más.

El panorama es aún más alentador, pues resulta que al predicar participamos en la predicación de Jesús respecto a su Padre. En el momento de la predicación, el propio Jesús señala y revela al Padre. Al predicar, participamos en la predicación del Padre respecto a su Hijo. En el momento de la predicación, el propio Padre señala y revela a su Hijo: «Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él» (Mt 3.17); «Este es mi Hijo amado; estoy muy complacido con él. ¡Escúchenlo!» (Mt 17.5). Al predicar, participamos en la predicación del Espíritu Santo respecto a Jesús. En el momento de la predicación, el Espíritu revela a Jesús, nos ofrece su propio testimonio respecto a Jesús, y lo hace de manera tal que produce convencimiento y fe (Jn 16.8-15). Somos partícipes de una obra divina, de una obra trinitaria cuyo resultado final no recae sobre nuestros hombros.

Debo aclarar que nada de esto quiere decir que la predicación humana no tenga relevancia alguna. Eso espiritualizaría demasiado esta participación liberadora y potenciadora. De hecho, los

predicadores juegan un papel y han sido llamados a cumplirlo de una manera competente y fiel como les sea posible. Ese es el tema que procuro desarrollar en los capítulos cinco al nueve.

Posteriormente, en el capítulo diez, regresaré al tema fundamental con el fin de definir la predicación como «estar situado en el misterio».

He tenido muchos mentores que me han ayudado en mi predicación, demasiados como para que intente ahora mencionarlos a todos por nombre en este prólogo (los irán descubriendo a medida que avancen en la lectura de este libro). Sin embargo, quiero mencionar, en orden alfabético, aquellos que me han enseñado y estimulado de manera significativa hasta este momento: F. Dale Bruner, Maxine Hancock, E. Stanley Jones, Walter Luthi, G. Campbell Morgan, Earl F. Palmer, Fleming Rutledge, James S. Stewart, John R. W. Stott y Rod K. Wilson. Siempre he creído que, si tan solo pudiera predicar con la precisión exegética de John R. W. Stott,¹¹ la imaginación literaria de Maxine Hancock,¹² la alegre creatividad de Earl F. Palmer,¹³ el amor hacia la Biblia que uno encuentra en F. Dale Bruner,¹⁴ el orden habilidoso de G. Campbell Morgan¹⁵ y Walter Luthi,¹⁶ la retórica brillante de James S. Stewart,¹⁷ la compasión por la humanidad presente en Charles Swindoll,¹⁸ la conciencia cultural de Fleming Rutledge,¹⁹ y la conciencia de la «realidad» de Rod Wilson,²⁰ ¡por fin podría predicar! Obviamente, me equivoco. Si bien puedo aprender de cada uno de esos mentores y lo he hecho, tengo que descubrir lo que nos corresponde descubrir a todos nosotros: tengo que predicar de la manera como fui creado y redimido, tengo que predicar con mi propia voz.²¹ Lo cual significa que hay tantas maneras para predicar como predicadores hay. (En el capítulo ocho ampliaré un poco más este asunto).

Como ya se habrán dado cuenta, abordo el significado y la tarea de la predicación desde una sólida orientación reformada. Me aproximo a la teoría y la práctica desde la convicción profunda de que, como lo asegura el apóstol Pablo, la palabra del mensaje de Dios consiste no solamente de las palabras de los seres humanos, sino que es «palabra de Dios, la cual actúa en ustedes los creyentes» (1Ts 2.13). Le atribuyo una alta importancia a la predicación.

Cuando acepté mi nombramiento en Regent College (inicié mis labores en septiembre del 2000), el doctor Robert Meye, ex decano

de la Facultad de Teología del Seminario Teológico Fuller (y, por entonces, profesor emérito), me envió un correo electrónico en el que, aunque expresaba su tristeza de que yo abandonara el área de Los Ángeles, me extendía su bendición en mi nuevo llamado. Me mencionó un libro que había leído y releído en años recientes y que me animaba ahora a leerlo y releerlo (lo cual he seguido haciendo). El libro es *Princes of the Church*, escrito por W. Robertson Nicoll, y se trata de una colección de elogios que Nicoll escribiera con ocasión del fallecimiento de predicadores importantes de su tiempo y quienes, en su mayoría, fueron sus amigos. En su carta, el Dr. Meye me compartió una cita de lo que Nicoll escribió sobre Charles Edwards, rector de University College en Aberystwyth, Inglaterra, y autor de un comentario sobre 1 Corintios, que es un clásico:

El Rector Edwards estaba plenamente convencido de que la predicación antecede a todo lo demás, y creía que esta jamás ocupará el lugar que le corresponde a menos que se ocupe de los misterios más profundos de la fe cristiana. Una de sus frases memorables a la que acudía con frecuencia dice: «El último recurso de Cristo es un gran predicador». Lo que quería decir es que cuando la fe decae, cuando la iglesia se enfría, la esperanza surgía en la aparición repentina de un gran predicador. La predicación, solía decir, continuará en la iglesia por los siglos de los siglos ya que Cristo no va a permitir que su pueblo muera».²²

El Dr. Meye añadió a continuación: «Darrell, creo que ese es su desafío particular, dar a conocer esta verdad en la iglesia». En tal espíritu ofrezco este libro.

Me entregué al llamado de la predicación esa tarde en la noche del 4 de abril de 1968, el día en que Martin Luther King Jr. fue asesinado. Durante toda la noche las estaciones de radio habían estado emitiendo los sermones del Dr. King. Todavía puedo recordar su estruendosa voz que decía: «He subido al monte. He visto la Tierra Prometida. No le temo a la muerte»; «Yo tengo un sueño».²³ Hacia la medianoche salí de la cama, caí de rodillas y dije: «Señor, eso es lo que quiero hacer con mi vida, predicar tu Palabra de tal manera que no solo las personas, sino las naciones, lleguen a

ser transformadas». En la mañana llamé a mi abuela, Alina Johnson (1900-1987), para contarle lo que había hecho. Comenzó a llorar. Me dijo que cuando yo era pequeño, de unos tres años, me quedé con ella por algunas semanas. Un domingo en la tarde ella me sentó en su regazo para que pudiera escuchar con ella la emisión de *The Old Fashioned Revival Hour*, un programa radial con Charles E. Fuller.²⁴ Luego del mensaje, mi abuela me dirigió en una oración de respuesta. Según su relato, me subí a la calefacción ubicada cerca a la ventana principal y anuncié: «Cuando yo crezca voy a predicar acerca de Jesús». Me dijo que desde ese día comenzó a orar para que mis palabras se hicieran realidad. Aquella mañana de abril de 1968 mi abuela lloraba porque su oración había sido respondida. A su memoria, y con gratitud, dedico este libro.

Lo dedico también a un hombre que, más allá de lo que es consciente, trazó el curso de lo que ha sido mi vida a lo largo de los últimos 40 años. Mientras cursaba la carrera de Física en la Universidad de California, empecé a congregarme en la Iglesia Presbiteriana Solana Beach, en el norte de San Diego. En aquella época, H. Hollis Allen era el pastor auxiliar. Fue él quien despertó en mí el don de la predicación. Fue él quien se percató de que yo estaba dotado para enseñar y predicar las Escrituras y quien luego me dio las primeras oportunidades para que yo ejerciera mis dones. Él vio en mí lo que yo no podía ver en mí mismo. Desde entonces, él ha creído en mí.

Puesto que soy un predicador por llamado y formación, ustedes me verán en este libro «funcionando» como predicador. He hecho todo lo posible para evitar escribir tal como hablo; he tratado de no usar exclamaciones, frases, repeticiones y otros recursos retóricos que son más apropiados para la comunicación oral. Allí donde no he hecho el tránsito al arte literario les ruego su indulgencia; en tales casos, les pido que simplemente continúen con la lectura. Después de todo, me paso la mayor parte del tiempo ayudando a predicadores jóvenes, estudiantes de posgrado, a que cambien el estilo de escribir para el ojo a escribir para el oído. (Sobre esto hay más material en el capítulo seis).

Deseo agradecer a un buen número de personas que me ayudaron con este libro. Un profesor de pedagogía, ya jubilado, Ken Nixon, y tres distinguidos predicadores de diferentes confesiones

14 EL HONOR DE LA PREDICACIÓN

evangélicas, Brian Buhler, Mike Lee y Dick Wiedenheft, leyeron todo el manuscrito y me ofrecieron sus muy útiles aportes críticos. Mary Romero leyó cada una de las páginas y me ayudó con la corrección. Doug Hills, secretario de la facultad de Regent College, intervino en muchas ocasiones y me ayudó a encontrar datos bibliográficos que yo no hubiera podido ubicarlos. Dos autores de libros sobre predicación que permanecen anónimos, a petición de InterVarsity Press revisaron cuidadosamente mi trabajo y ofrecieron críticas esclarecedoras. Emily Varner, gentilmente y con imaginación, me ayudó a disminuir mi tendencia a escribir para el oído. Gary Deddo, editor de InterVarsity Press, me guió a lo largo del camino estimulándome con sus propias preguntas y sugerencias. Desde luego, cualquier error que aún perviva en el libro es solamente mío.

Estoy convencido que nada va a tomar el lugar que le corresponde a la predicación en la obra que Dios lleva a cabo en el mundo. No importa los cambios que sucedan en la teoría y práctica de la comunicación, nada va a ocupar jamás el lugar de una persona, Biblia en mano,²⁵ de pie frente a un grupo conformado por otras personas, y que los invita a un pasaje bíblico específico, y dice lo que Dios ya dice en el pasaje bíblico y por medio de este. Puede que la predicación no reciba la atención que acaparan otras formas de comunicación. Que así sea. La predicación puede verse como algo sin sentido o débil tal como el supuestamente loco y débil mensaje del supuestamente loco y débil Salvador y Señor. Que así sea. «Nada de que angustiarse», como se suele decir en mi vecindario canadiense. Ese mensaje resulta siendo la sabiduría y el poder del Dios viviente (1Co 1.18-25); y la predicación de ese mensaje no es otra cosa que la manera sabia y poderosa por la cual el Creador y Redentor transforma el mundo.

Un pastor chino dijo en cierta ocasión: «Atrévase a predicar... y mire lo que ocurre».

Siempre sucede algo.

Notas

1. No deja de sorprenderme que yo haya logrado aprender esta lección de David Strauss en su *The Life of Jesus Critically Examined*, de 1831 (ed. por Peter C. Hodgson, trad. George Eliot), Ramsey, NJ: Sigler Press, 1972, pp. 219-27). Strauss no cree que haya sucedido nada de lo que los escritores de los evangelios afirman. Sin embargo, cuando lee un pasaje puede capturar lo que el autor había dicho, mucho mejor que alguien que sí cree lo que el pasaje afirma.
2. La frase que Walter Brueggemann utiliza en sus estudios sobre el papel que juega el pasaje bíblico y la predicación. Ver su *Cadences in Hope: Preaching Among Exiles*, Louisville, Ky.: Westminster John Knox Press, 1997.
3. Mi amiga es Polly Long, una de nuestras profesoras de Nuevo Testamento en Regent College, y una gran predicadora.
4. Nota del editor: La alusión a Lutero se encuentra en LW 51.76 (*Deus loquens*).
5. Nota del editor: La cita no aparece en la Segunda Confesión Helvética, sino que es más bien una acotación al margen (donde se solían colocar encabezados o subtítulos), y que aparece en el primer capítulo, párrafo 4°.
6. Al decir «momento de predicación» me refiero no solamente a la predicación de los cultos del Día del Señor, sino también a las reuniones en los hogares durante la semana, o las reuniones estudiantiles en las universidades, etc.
7. Juan 5.39; Lucas 24.27, 44.
8. Larry Hurtado, *At the Origins of Christian Worship*, Grand Rapids: Eerdmans, 1999, p. 107.
9. N. T. Wright, *The Lord and His Prayer*, Grand Rapids: Eerdmans, 1996, p. 81.
10. Bruce Metzger, de Princeton Seminary. Nota del editor: El original en inglés contiene una serie de tres palabras (*Revealer, Redeemer and Ruler*), que reflejan la obsesión lingüístico-cultural que posee el mundo anglosajón por rimas al principio de las palabras, es decir, encabezados, títulos o nombres que empiecen con la misma letra. Obviamente, el español no posee esta obsesión y, si la poseyera, tendería, por la naturaleza del idioma, a aparecer al final de las palabras.

16 EL HONOR DE LA PREDICACIÓN

11. John Stott es, para mi concepto, el más puro predicador expositivo de la historia. Me he valido de sus trabajos sobre el sermón del Monte, Hechos y Efesios. Incluso ubico a Stott algunos escalones más arriba de los correspondientes a Juan Crisóstomo, Martín Lutero y Juan Calvino —los grandes predicadores del pasado— simplemente porque Stott, a diferencia de los tres mencionados, mantuvo sus debates con otros líderes cristianos al margen del tono y contenido de sus sermones. Nota del editor: se recomienda al lector de esta obra que haga uso del principio bíblico de «examinadlo todo; retened lo bueno» (1Ts 5.21), dado que el autor demuestra tener un estilo hiperbólico (con extremos y exageraciones), con cierto sesgo por temas y personajes, con una pizca de orgullo étnico, y tendencias exegéticas que ya se consideran obsoletas.
12. Maxine Hancock, profesora de Estudios Interdisciplinarios en Regent College, tiene tal ingenio con las palabras y las imágenes que zambulle a sus oyentes en el pasaje y los lleva a los pies de Jesús. Su sermón sobre Génesis 1, «Ser un humano», me redujo a lágrimas de liberación y gozo.
13. Earl Palmer aborda la Biblia de tal manera que produce una inmediata atracción y despierta el gozo. La primera vez que lo escuché fue en 1976, en una conferencia estudiantil celebrada en el centro de conferencias Forest Home en las montañas al oriente de Los Ángeles, y seguí escuchándolo cuando fue pastor de la iglesia First Presbyterian Church, en Berkeley, California, posteriormente en la iglesia University Presbyterian Church, en Seattle, Washington.
14. Conocí a Dale al poco tiempo de haber dejado las Filipinas, donde había enseñado en el Union Theological Seminary, con el fin de trabajar en Whitworth College, en Spokane, Washington. No hay alguien que yo conozca que tenga la habilidad para extraer la riqueza del pasaje bíblico tal como lo hace Dale. Nos muestra que todo el material ilustrativo necesario se encuentra ya en el pasaje.
15. Morgan predica sobre un libro de la Biblia únicamente después de haberlo leído 40 o 50 veces. Sus sermones se encuentran en *The Westminster Pulpit: The Preaching of G. Campbell Morgan*, 10 vol., 1906-1916, Grand Rapids: Baker House, 1954-1955, reimpresión. Ver igualmente su *Studies in the Four Gospels*, Westwood, NJ: Fleming H. Revell, 1927.
16. De Luthi, ver su *St. John's Gospel: An Exposition*, trad. por Kurt Schoenenberger, Richmond, VA: John Knox Press, 1960, y *The Letter to the Romans*, Edimburgo y Londres: Oliver and Boyd, 1961. Hasta donde

alcanza mi conocimiento no hay nadie que pueda tomar todo un capítulo o un evangelio y producir un sermón tan claro y conciso como él consigue hacerlo.

17. Muchos consideran a James S. Stewart «el más grande predicador» (al menos en el mundo anglosajón) del siglo xx. Ver especialmente sus dos libros sobre predicación, *Heralds of God* (1946), Vancouver, BC: Regent College Publishing, 2001, reimpresión, y *A Faith to Proclaim* (1953), Vancouver, BC: Regent College Publishing House, 2002, reimpresión. Leo a Stewart y mi corazón arde en fuego con el evangelio. Le debo a mi tío, Emmet Johnson, un predicador de primer orden, que me haya puesto en contacto con Stewart. Cuando recibí mi ordenación, mi tío me llevó a la librería del Lutheran Seminary en St. Paul, Minnesota, y me regaló toda la obra impresa de Stewart a la sazón disponible.
18. Charles Swindoll es un narrador magistral, con una capacidad cautivante para convertir cualquier pasaje, no solamente los pasajes narrativos, en una historia viva.
19. Hace poco que empecé a familiarizarme con el ministerio de Fleming Rutledge. Sin previo aviso, ella puede llevarlos al corazón del pasaje y su conexión redentora con la cultura. Me hubiera encantado haberla conocido antes. Pueden ser de su interés sus colecciones de sermones, ya sea en *The Bible and The New York Times*, Grand Rapids: Eerdmans, 1999, o en *Help My Unbelief*, Grand Rapids: Eerdmans, 2000.
20. Rod Wilson, quien estudió junto conmigo en la facultad, es rector de Regent College, donde enseña Consejería Cristiana. Es un líder de la más alta calidad con el que yo he trabajado. Para él, su trabajo número uno es «nombrar la realidad», lo cual desempeña con coraje, distinción y honestidad en su predicación.
21. Phillips Brooks, «Preaching is truth through personality», en *Lectures on Preaching*, Nueva York: E. P. Dutton, 1877, p. 5. La cita completa reza así: «La predicación es la comunicación de la verdad hecha por un hombre a los hombres. Consta de dos elementos esenciales: verdad y personalidad... La predicación consiste en anunciar la verdad por medio de la personalidad».
22. W. Robertson Nicoll, *Princes of the Church*, Londres: Hodder and Stoughton, 1921, pp. 128-129. La declaración audaz del rector Edwards es un hecho histórico. Ver Yngve Brilioth, *A Brief History of Preaching*, traducido por Karl E. Mattson, Filadelfia: Fortress, 1965, pp. 161-170.

18 EL HONOR DE LA PREDICACIÓN

23. Ver la colección de sus sermones en *Strenght to Love*, Filadelfia: Fortress, 1963. Hay versión en español, *La fuerza de amar*, Madrid: Acción Cultural Cristiana, 1999. Hay dos libros destacados que nos orientan en las lecciones del Dr. King: Mervyn A. Warren, *King Came Preaching*, Downers Grove, Ill.: InterVarsity Press, 2001, y Richard Lischer, *The Preacher King: Martin Luther King Jr. and the Word That Moved America*, Oxford: Oxford University Press, 1997.
24. Para conocer una historia conmovedora de ese ministerio, ver Daniel P. Fuller, *Give the Winds a Mighty Voice*, Waco, Tex.: Word Books, 1972.
25. Me permito animarlos a que lean directamente de una Biblia y no acudan a un trozo de papel ni a una pantalla. Somos «el pueblo del libro» y necesitamos proyectar ese modelo.

Parte I

Fundamentos teóricos

respecto a formar parte
de la obra de Dios

1

¿Por qué sucede lo que sucede? Una visión: Ezequiel 37

«La predicación produce resultados antes de que esta sea entendida», escribe Richard Lischer, de Duke University Divinity School.²⁶ Yo concuerdo. Al igual que sucede en toda dinámica de comunicación entre seres humanos, la predicación produce resultados antes que haya sido entendida plenamente. Por supuesto, entre más clara haya sido su comprensión más efectivos serán sus resultados, tal como lo puede testificar cualquier pareja que haya luchado con la comunicación. Sin embargo, en el misterio de las cosas, la predicación entra en acción mucho antes que nosotros hayamos entendido lo que el predicador, sus oyentes, el pasaje bíblico y el Espíritu Santo están haciendo.

La visión

En este primer capítulo los invito a que presten atención al pasaje bíblico, que nos ayuda a entender por qué ocurre lo que sucede en la predicación. Es un relato comúnmente conocido como «La visión de los huesos secos», que fue dada al profeta Ezequiel (592-570 a.C.), quien la escribió y hoy la encontramos en el capítulo 37 de su magnífica obra. Entre más lo predico, más me entusiasmo con este pasaje bíblico. Lo que se revela en Ezequiel 37 y por medio de este me anima a ponerme de pie frente a otras personas, leer un pasaje bíblico y decir una vez más lo que el Dios vivo ya dice en dicho pasaje con la expectativa de que algo vaya a suceder en las vidas de quienes escuchan.

Antes de que yo comience a trabajar Ezequiel 37, les pido que lo lean cuidadosamente tomando nota de lo que resalta a sus ojos a partir del pasaje bíblico y de las preguntas que les gustaría plantearle a Ezequiel.

La mano del Señor vino sobre mí, y su Espíritu me llevó y me colocó en medio de un valle que estaba lleno de huesos. Me hizo pasearme entre ellos, y pude observar que había muchísimos huesos en el valle, huesos que estaban completamente secos. Y me dijo: «Hijo de hombre, ¿podrán revivir estos huesos?» Y yo le contesté: «Señor omnipotente, tú lo sabes».

Entonces me dijo: «Profetiza sobre estos huesos, y diles: “¡Huesos secos, escuchen la palabra del Señor! Así dice el Señor omnipotente a estos huesos: ‘Yo les daré aliento de vida, y ustedes volverán a vivir. Les pondré tendones, haré que les salga carne, y los cubriré de piel; les daré aliento de vida, y así revivirán. Entonces sabrán que yo soy el Señor’”».

Tal y como el Señor me lo había mandado, profeticé. Y mientras profetizaba, se escuchó un ruido que sacudió la tierra, y los huesos comenzaron a unirse entre sí. Yo me fijé, y vi que en ellos aparecían tendones, y les salía carne y se recubrían de piel, ¡pero no tenían vida!

Entonces el Señor me dijo: «Profetiza, hijo de hombre; conjura el aliento de vida y dile: “Esto ordena el Señor omnipotente: ‘Ven de los cuatro vientos, y dale vida a estos huesos muertos para que revivan’”». Yo profeticé, tal como el Señor me lo había ordenado, y el aliento de vida entró en ellos; entonces los huesos revivieron y se pusieron de pie. ¡Era un ejército numeroso!

Luego me dijo: «Hijo de hombre, estos huesos son el pueblo de Israel. Ellos andan diciendo: “Nuestros huesos se han secado. Ya no tenemos esperanza. ¡Estamos perdidos!” Por eso, profetiza y adviérteles que así dice el Señor omnipotente: “Pueblo mío, abriré tus tumbas y te sacaré de ellas, y te haré regresar a la tierra de Israel. Y cuando haya abierto tus tumbas y te haya sacado de allí, entonces, pueblo mío, sabrás que yo soy el Señor. Pondré en ti mi aliento de vida,

y volverás a vivir. Y te estableceré en tu propia tierra. Entonces sabrás que yo, el Señor, lo he dicho, y lo cumpliré. Lo afirma el Señor»

(Ez 37.1-14).²⁷

Este pasaje bíblico enciende la esperanza, incluso frente a la desesperanza. Solo basta con que el Dios de este pasaje bíblico hable para que algo suceda.

Recuerden la desesperanza a la que se enfrentó Ezequiel. No es nada diferente a lo que muchos de nosotros como predicadores experimentamos cada vez que nos paramos a hablar en nuestro tiempo. El relato del profeta ocurre en el siglo VI antes del nacimiento de Jesús, antes que la Palabra se hiciera carne y viviera entre nosotros (Jn 1.14). Israel había sufrido el cautiverio en manos de la superpotencia, Babilonia. Jerusalén, «la ciudad del gran Rey» (Sal 48.2), estaba en ruinas. El templo de Salomón, centro de adoración del Dios que está por sobre todos los dioses, eran un montón de escombros. No era que la infraestructura económica, social y moral estuviese a punto de colapsar; había desaparecido por completo. La nación expresó su condición de postración en estos términos: «Nuestros huesos se han secado. Ya no tenemos esperanza. ¡Estamos perdidos!» (Ez 37.11).

¿Se han sentido así alguna vez? ¿Han llegado en alguna ocasión al extremo de sentir que toda esperanza se ha perdido? Yo sí. Con regularidad me siento así. Es una de las experiencias humanas más sofocantes.

En medio de una situación tan desesperanzadora, Dios trae a Ezequiel, y por el Espíritu Santo lo pone en medio de un valle. Sea que ese vaya haya existido en realidad o sea un asunto del ojo mental del profeta, carece de importancia para los propósitos que Dios tiene en mente.²⁸ Dios describe el apuro de Israel por medio de un cuadro de los huesos descompuestos de un ejército derrotado. Dios resalta (o quizás deba decir, profundiza) el sentido de desesperanza por medio del lenguaje de las tumbas. ¿Ves esas tumbas, Ezequiel? Israel se descomponía, había sido vencido, se secaba. Israel había muerto.

¿Se han sentido así alguna vez? ¿Se han parado alguna vez frente a un grupo de personas que se sienten así? Prácticamente cada vez que predicamos, ¿no lo dirían ustedes?

Mientras Ezequiel contempla el valle y se da cuenta que ahí están representados su pueblo y él, Dios le habla llamándolo «hijo de hombre», que en este contexto significa simplemente, «mortal». «Mortal, ¿podrán revivir estos huesos?» (Ez 37.3). ¿Qué piensan? ¿Pueden revivir unos huesos secos?

Ezequiel responde: «Señor omnipotente (literalmente, «Oh Señor Yaveh»), tú lo sabes (Ez 37.3), lo que significa: «Solo tú conoces la respuesta a tu pregunta». En lo que a Ezequiel corresponde, la situación es de completa desesperanza, si se la considera únicamente desde una perspectiva humana. No hay manera cómo él, o cualquier otro israelita, o toda la nación junta, puedan hacer que esos huesos regresen a la vida. Si se les abandona a su propia suerte, van a permanecer secos y muertos.

¿No es esa la naturaleza de la condición humana? ¿No es eso a lo que los predicadores nos enfrentamos cada vez que nos paramos frente a un grupo de personas? Si llevar una vida espiritual coherente y saludable dependiera únicamente de mí, los huesos secos de mi alma árida no vivirían. Si conservar una congregación que vibre en su vida comunitaria y en su ministerio dependiera únicamente de predicadores como ustedes y yo, más nos valdría cerrar las puertas justo ahora, en este momento. Si desencadenar una revolución moral que rompa las cadenas que nos oprimen dependiera únicamente de ustedes, de mí y de todos los demás predicadores de hoy en día, nuestro mundo está definitivamente condenado.

«Mortal, ¿podrán revivir esos huesos?» No; no por ellos mismos. No en virtud de ellos mismos. Abandonados a su suerte, permanecerán secos y muertos.

«Pero tú, Oh Yaveh... Tú sabes si ellos vivirán».

El Dios viviente, entonces, ordena a Ezequiel a que les profetice. En este contexto veo que la orden quiere decir: «Habla, pronuncia la palabra de Dios». Predica, Ezequiel. Sí, la predicación significa mucho más que profetizar, y no toda predicación implica profetizar (como veremos en el capítulo cuatro que se ocupa de los verbos relacionados con formar parte). Por ahora asumamos que existe una correlación interna entre lo que se le ordenó a Ezequiel y lo que en nuestro tiempo y lugar se nos ordena hacer. Predica, Ezequiel, predícales a esos huesos.

Puedo bien imaginarme a Ezequiel diciendo: «Pero, ¿qué provecho se puede sacar de eso?» ¿Qué impacto puede tener la palabra de Dios sobre una crisis nacional? ¿Qué efecto puede ejercer la predicación sobre unos huesos secos? Señor, aquí estamos hablando de una crisis de proporciones de gran envergadura. Necesitamos mucho más que predicación. ¿Qué resultado favorable puede arrojar la predicación frente a una desintegración, una descomposición, una muerte tan abrumadora?»

Con todo, Ezequiel obedece tan extraña orden. Ezequiel les habla a los huesos secos. ¡Les habla a unos huesos secos! «¡Oh, huesos secos, escuchen la palabra del Señor!» Yo me pregunto si Ezequiel sintió que estaba hablando tonterías. ¿Se han sentido alguna vez que están haciendo el ridículo hablando palabras de vida a gente que «está muerta»? Yo me siento así con frecuencia. Sin embargo, Ezequiel habla: «Así dice el Señor omnipotente a estos huesos: “Yo les daré aliento de vida, y ustedes volverán a vivir”» (Ez 37.5).

A renglón seguido, el pasaje bíblico dirige nuestra atención hacia lo que sucedió cuando Ezequiel lo hizo, cuando pronunció la palabra del Dios vivo. «Y yo me fijé, y vi...» (Ez 37.8). Se trata del verbo *ver* en su forma imperativa. Una orden puesta en acción. Ezequiel es tomado por sorpresa por lo que ocurre y nos exhorta a que lo acompañemos en su asombro. «¡Miren! ¡Miren! ¡Hubo un ruido, y miren! Un ruido que sacudió la tierra, y los huesos se juntaron, hueso con hueso. Yo me fijé, y vi... ¡y miren! Aparecieron tendones y tejidos y una piel que los recubrió» (Ez 37.7-8, paráfrasis).

¿Por qué la acción de profetizar tiene ese efecto? ¿Por qué la predicación produce ese resultado? ¿Fue acaso por algo peculiar en Ezequiel, por algún gran recurso retórico, alguna habilidad suya como orador? No. ¿Fue, entonces, que los huesos secos eran receptivos? Meditemos en esta pregunta; es crucial para la predicación en nuestros tiempos. ¿Será que la predicación posee un efecto generador de vida debido a la receptividad de los huesos? No. Los huesos no pueden responder. Están descompuestos. Están muertos. Tomemos nota de ello. Los huesos están muertos. ¿Cómo podrían, entonces, oír, mucho menos responder?

Si es así, ¿por qué se llega a tal resultado por hablar la palabra? Todo se debe a la naturaleza de la palabra. La palabra del Señor es viva y eficaz, poderos y creativa. La palabra de Dios no solamente

informa, sino que actúa, transforma. La palabra de Dios produce resultados.

Esa es la observación del centurión romano en la historia que nos cuenta Mateo. El pasaje bíblico está en Mateo 8.5-13, que es otro relato de estímulo para los predicadores. El centurión fue donde Jesús preocupado por su siervo. Para sorpresa de todos, le dijo a Jesús: «...basta con que digas una sola palabra, y mi siervo quedará sano» (Mt 8.8). ¿Quién le había dado esa información? ¿Cómo lo sabía? «¡Basta con que digas una sola palabra!» Y Jesús dijo: «Les aseguro que no he encontrado en Israel a nadie con tanta fe» (Mt 8.10).

El razonamiento del centurión surge de su propia experiencia. Como soldado, está sujeto a una autoridad superior y ejerce su propia autoridad sobre otros. Él simplemente le dice a uno de sus soldados: «Ve», y el soldado lo hace. Le dice a otro: «Ven», y este otro soldado viene. Le dice a su siervo: «Haz esto», y el siervo lo hace. El centurión reconoce que el maestro compasivo solo necesita decir: «Sé sano», y así sucederá. El centurión reconoce que, así como él tiene autoridad sobre un destacamento de cien soldados, de igual manera Jesús tiene autoridad sobre la vida y la muerte. Juan Calvino parafrasea la percepción del centurión de la siguiente manera: «Tengo soldados bajo mi autoridad, así como tú tienes a los poderes espirituales, los ángeles sanadores, la enfermedad y la muerte bajo tu autoridad».²⁹ El centurión da órdenes, las cuales se acatan al instante. De alguna manera él podía entender que Jesús podía dar órdenes que afectaban el bienestar de las personas, órdenes que se cumplían estuviere Jesús presente o no.³⁰

«Basta con que digas una sola palabra». Como predicadores, debemos decirnos eso a nosotros mismos, y unos a otros, con regularidad. Tal como luce ante mis ojos, una de las más grandes necesidades a las que se enfrenta el ministerio de la predicación, en cualquier época y contexto cultural, es la recuperación permanente de la confianza en la palabra de Jesucristo. Solo basta con que Jesús hable para que algo suceda. Nosotros conocemos el poder de nuestras palabras. Una palabra puede cambiar la atmósfera de un recinto; una palabra puede crear toda una nueva perspectiva. Si nuestras palabras tienen tal poder, imaginen el poder de la Palabra hecha carne. Ya sé que estoy siendo repetitivo, pero creo que debo

serlo: Jesús no solamente informa, sino que actúa; su palabra no solamente anuncia, sino que cumple lo que anuncia. «Sé limpio», y el leproso queda limpio. «Cálmate», y el mar se calma. «Sal de ahí», y el demonio huye. «Lázaro, ven fuera», y un hombre que había muerto sale caminando de la tumba. Yo creo que los autores de los evangelios quieren que nosotros escuchemos en las palabras de Jesús el eco de la palabra original, la de la creación; que escuchemos el eco de ese momento, cuando en lo profundo de la oscuridad y el caos se oyó: «Sea la luz». Y fue la luz. La palabra de Jesús es la palabra del Creador que se hace oír en medio del desorden, la palabra que cumple lo que anuncia.

Por tal razón, podemos apostar todo a sus promesas. Lo que él dice se va a cumplir. ¿Recuerdan sus primeras palabras a Simón, el pescador? «Tú eres Simón... serás llamado Cefas», *Roca* (Jn 1.42). Y así fue. ¿Recuerdan las palabras de Jesús a la iglesia primitiva? «Pero cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos» en todo el mundo (Hch 1.8). Y así fue. Lo que Jesús dice se hace realidad.

De esa misma manera nos corresponde entender sus mandamientos. Por ejemplo, la mayoría de nosotros leemos los Diez Mandamientos (Éx 20; Dt 5) de esta manera: «Yo soy Yaveh tu Dios, que te sacó de casa de servidumbre. Ahora acéptalo, no tendrás otros dioses delante de mí, guardarás el sabbat, no matarás, no codiciarás». En otras palabras, tomamos todo el peso del cumplimiento de esos mandamientos y lo ponemos sobre nuestros hombros. Actuamos de esa manera porque no logramos captar toda la naturaleza «realizativa» de la palabra de Dios. Sin embargo, es así como, creo yo, debemos leer los mandamientos: «Yo soy Yaveh tu Dios, que te sacó de casa de servidumbre. No tengas otros dioses delante de mí. Guarda el sabbat. No mates. No codicies».³¹ La palabra faculta la obediencia de aquello que exige. «Sean santos, porque yo, el Señor su Dios, soy santo» (Lv 19.2). La mayoría de nosotros lo leemos así: «Yo soy santo; por lo tanto, acéptenlo y vuélvanse como yo». Así no debemos leer el pasaje bíblico. La palabra de Dios realiza lo que ordena. «...sean perfectos, así como su Padre celestial es perfecto» (Mt 5.48). La mayoría de nosotros lee el pasaje bíblico de la siguiente manera: «Esta es la tarea del discipulado: esfuérzate por ser como el Padre». Pero así no debemos leer el pasaje bíblico. La palabra de

Dios realiza lo que ordena. «Sean perfectos». Lo que él ha enunciado se hará realidad.

¿Siempre ocurre algo? Esa es la pregunta al predicar, ¿no es cierto?

Cuando se escucha la Palabra, algo sucede. Es decir, cuando entendemos, recibimos y nos sometemos a la Palabra, algo sucede.

Pregunto, entonces: ¿sucede solo cuando escuchamos la Palabra? ¿actúa solo cuando la escuchamos? ¿Acaso el siervo del centurión oyó las palabras que Jesús pronunció?

Regresen al valle de la visión de Ezequiel. «Profetiza a esos huesos», dice Dios. «Háblales a los huesos». Háblales a huesos secos, a huesos muertos. Cuando el profeta hizo lo que se le ordenó, los huesos cobraron vida. ¿Fue porque escucharon lo que se les habló? ¿Es esa la razón por la cual revivieron? Mantengan la pregunta por un momento; es de suma importancia preguntar y responder. ¿Los huesos revivieron porque escucharon las palabras del profeta? No. Los huesos no tenían vida. Los huesos representan a Israel que había muerto espiritualmente, que espiritualmente no era receptivo. Entonces, ¿cómo es eso de que adquirieron vida? Esto se debe al poder realizativo de la palabra.

Vayan en sus mentes a Génesis 1. Allí escuchamos una letanía: «Y dijo Dios... y dijo Dios... y dijo Dios». Diez veces «dijo Dios». Dios crea por medio de la palabra. ¿Se han preguntado alguna vez a quién le estaba hablando Dios? Cuando uno habla, por lo general, se dirige a alguien, ¿no es así? ¿A quién le hablaba Dios en el principio? A nadie. A nada. Y ese es el punto. Don McCullough lo expresa así: «Tan poderosa es la palabra de Dios que nada tiene que escucharla para que sea algo».³² La palabra de Dios crea lo que anuncia.

Eso mismo está sucediendo justo ahora, en este momento. ¿Se dan cuenta de ello? ¿Se están dando cuenta que ustedes y yo, junto a todo el universo, nos mantenemos juntos, somos sostenidos por la palabra de Jesucristo? Tal es la pretensión del autor de la epístola a los Hebreos: «El Hijo es el resplandor de la gloria de Dios, la fiel imagen de lo que él es, y el que sostiene todas las cosas con su palabra poderosa», o también, «manteniendo todas las cosas por el poder de su palabra» (Heb 1.3). En un último análisis, nosotros no nos mantenemos juntos por alguna ley natural impersonal. Una persona y su habla realizativa nos sostiene a todos juntos. En cierto sentido,

la ley natural simplemente articula el patrón normal de habla de Jesucristo, el que lo sostiene todo. Si él llegase a dejar de hablar, todo lo existente se derrumbaría en el caos, en la nada. Tal como lo indica G. K. Chesterton, cada nuevo día no es solamente el producto de un proceso mecánico inexorable; más bien, cada nuevo día es también el resultado de Dios que dice: «¡Hazlo de nuevo!»³³ Al sol, «¡hazlo de nuevo!» A la luna, «¡hazlo de nuevo!» A mi corazón, «¡late de nuevo!» A mis pulmones, «¡respira de nuevo!» Por tal razón, «gracias» es la respuesta más apropiada que el hombre humano puede emplear al comienzo, en la mitad y al final del día.

Siempre sucede algo cuando Dios habla.

Pregúntele a Mateo. Un día él estaba sentado en su oficina de cobranza de impuestos. Jesús de Nazaret pasó por ahí, se le acercó y mirándolo le dijo: «Sígueme» (Mt 9.9). Mateo se paró y lo siguió. Tenía que seguirlo. La palabra de Jesús realiza lo que él habla.

Pregúntele a Andrés y a su hermano Simón Pedro. Ellos estaban remendando sus redes a orillas del mar de Galilea. Jesús se les acercó y les dijo: «Síguenme» (Mt 4.19). Y ellos lo hicieron. Tenían que hacerlo. La palabra de Jesús pone en acción aquello que él habla.

Pregúntele a Zaqueo. Jesús llegó a Jericó. Al entrar en la ciudad, vio a un hombre rico encaramado a un árbol. Jesús lo miró y le dijo: «Zaqueo, baja en seguida» (Lc 19:5). Y él así lo hizo. Tenía que hacerlo. La palabra de Jesús realiza lo que él habla.

Pregúntele a Lázaro. Él ya había muerto. Su cuerpo había sido depositado en la tumba y llevaba ya cuatro días. Jesús se paró frente a la tumba y exclamó en voz alta: «¡Lázaro, sal fuera!» (Jn 11.43). Y así lo hizo el hombre que ya estaba muerto. Lázaro se levantó y salió. La palabra de Jesús realiza lo que él habla.

¿Y qué de las veces en las que nada sucede? En el próximo capítulo trataré ese problema a medida que trabajemos la parábola de Jesús sobre el sembrador, que apunta precisamente a ese asunto.

Por ahora, plantémonos en esta raya: la palabra del Dios vivo es una palabra realizativa, es la base que le aporta a la predicación su confianza. Así, entonces, dice el Señor:

Así como la lluvia y la nieve
descienden del cielo,
y no vuelven allá sin regar antes la tierra

y hacerla fecundar y germinar
para que dé semilla al que siembra
y pan al que come,
así es también la palabra que sale de mi boca:
No volverá a mi vacía,
sino que hará lo que yo deseo
y cumplirá con mis propósitos.

(Is 55.10-11)

Porque yo, el Señor, hablaré,
y lo que diga se realizará sin retraso

(Ez 12.25, *modificado*)

Y los huesos se juntaron, hueso con hueso, y la piel los recubrió.

Sin embargo, hay algo que falta. Algo más es necesario que ocurra. Ezequiel observa que, aunque los huesos ya ensamblados tienen la apariencia de seres humanos, no respiran todavía. Son semejantes a Pinocho, la marioneta que se asemejaba a un niño, pero que no era un niño que pudiera relacionarse personal y cercanamente con Geppetto, su creador.

Así, entonces, Dios le ordena a Ezequiel que profetice nuevamente, que pronuncie una vez más la palabra realizativa de Dios. Esta vez él tiene que dirigirse al aliento, al viento, al espíritu. Tiene que profetizar al *ruaj*.

¿Qué es lo que Dios pretende? ¿Se refiere este sustantivo al espíritu humano, al aliento de aquellos que habían muerto? ¿Está Dios ordenándole al hálito vital a que regrese y entre de nuevo a esos humanoides revividos? ¿O es que acaso el sustantivo apunta al Espíritu divino, al Espíritu de Dios, el que Dios le había ya dicho a Ezequiel que pondría «en ustedes para que sigan mis preceptos y obedezcan mis leyes» (Ez 36.27)? Creo que se trata de esto último. «Profetiza al Espíritu de Dios». «Háblale al Espíritu Santo».

Si en un principio parecía ridículo dirigirse a unos huesos, ahora parece audaz hablarle al aliento divino. ¿Un simple mortal le va a profetizar al hálito de Dios? ¿Cómo les parece el honor de la predicación!

Una vez más el profeta hace lo que se le ordena. Ezequiel obedece. Ezequiel habla. Ezequiel predica, al Espíritu. «Esto ordena el Señor

omnipotente: “Ven de los cuatro vientos, y dales vida a estos huesos muertos para que revivan”. (Ez 37.9). Ezequiel lo hizo. Él habló, extraño y osado como parecía ser.

Observen lo que sucede en esta ocasión. «...y el aliento de vida entró en ellos; entonces los huesos revivieron y se pusieron de pie. ¡Eran un ejército numeroso! (Ez 37.10). No solo se trataba de individuos que habían revivido, con todo y lo maravilloso que eso puede ser, sino que surgió una nueva comunidad, tan unida toda junta que constituía un gran ejército listo para ser enviado por el Dios viviente a cumplir sus propósitos a las naciones.

¡Oh, aliento de Dios, sopla en nosotros en nuestro tiempo!

Yo espero que esta breve interacción con el pasaje bíblico los haya estimulado. Probablemente tengan una multitud de preguntas, algunas de las cuales responderé en los siguientes capítulos. Con todo, confío en que esta perspectiva los desafíe. La palabra del Dios vivo le da vida a aquello que él declara. Y eso no se debe a virtud alguna de parte de sus oyentes. Quiero enfatizar eso con toda la firmeza que me sea posible. Los huesos en descomposición, moribundos, retoman vida no porque haya algo en ellos. Esos huesos se revitalizan por el inherente poder actuante de la palabra de Dios y del sople del Espíritu.

Palabra y Espíritu. Los dos van siempre juntos. Una palabra no puede separarse del aliento que la impulsa. «Por la palabra del Señor fueron creados los cielos, / y por el sople de su boca, las estrellas» (Sal 33.6).

Cuando predicamos, cuando nos atreveos a decir una vez más lo que el Dios vivo ya dice, la Palabra y el Espíritu hacen que algo suceda. El pastor y teólogo holandés Jacob Firet lo dice en las siguientes palabras: «La palabra de Dios no es solo una vibración en el aire: es una palabra que irrumpe en una situación y crea una nueva».³⁴ Hueso se unió con hueso, el aliento de vida entró en ellos y recobraron la vida.

Hay muchos factores en juego en el momento de la predicación, y necesitamos tomarlos todos en consideración. No hay duda de que el grado en el cual el predicador ha sido y está siendo afectado por el pasaje bíblico juega un papel de suprema importancia en la efectividad del sermón. No hay duda de que el grado de fidelidad del predicador hacia el pasaje bíblico juega un papel de suprema

importancia en la efectividad del sermón. Yo percibo que entre más abierta esté la gente a la Palabra y al Espíritu, mayor será el impacto que genere el sermón. A decir verdad, la relación entre el predicador y sus oyentes afecta lo que sucede durante el sermón. Vale la pena prestarle atención al aspecto técnico de la tarea. Por cierto, las dinámicas culturales afectan el momento, ya sea sirviendo de puente al pasaje bíblico o de barrera que impide su acceso. El pecado y la maldad entran siempre en acción cada vez que predicamos. Sin embargo, los dos factores fundamentales, esenciales, primordiales son el poder intrínseco de la Palabra de Dios y la obra del Espíritu de Dios. La Palabra de Dios les da vida a quienes no pueden oír, a quienes no están abiertos, a quienes están ennegrecidos por la cultura, el pecado y la maldad. La Palabra de Dios le da vida a aquello que él habla.

Así es el honor de la predicación, y es la razón por la que nosotros podemos incluso usar la palabra *milagro* para aplicarla al evento de la predicación.

Me permito, entonces, repetir las convicciones que esboqué en el prólogo:

- Cuando el Dios vivo habla, algo sucede. Siempre.
- Cuando el predicador pronuncia la Palabra de Dios, el Dios vivo habla. Siempre.
- Cuando el predicador pronuncia la Palabra de Dios, algo sucede. ¿Siempre?

Gerhard Ebeling ofreció una serie de conferencias sobre la vida y obra de Martín Lutero, que fueron posteriormente publicadas bajo el simple título, *Lutero*. Ebeling planteó la pregunta: «¿Por qué la Reforma de Lutero, en contraste con todos los intentos anteriores de reforma, fue una reforma en hechos y no solamente en palabras?» ¿Cómo responderían esa pregunta? Ebeling la respondió de esta manera: «La Reforma de Lutero llegó a ser una reforma en hechos y no solamente en palabras porque Lutero confiaba solo en la Palabra y para nada en los hechos».³⁵

El gran Predicador es mucho más audaz: «Ciertamente les aseguro que ya viene la hora, y ha llegado ya, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios, y los que la oigan vivirán» (Jn 5.25).

¿Qué es ese ruido que escucho?

Notas

26. Richard Lischer, *A Theology of Preaching: The Dynamics of the Gospel*, Nashville: Abingdon, 1986, p. 66.
27. Nota del editor: El autor aclara que estará usando la traducción inglesa NASB (New American Standard Bible) de la Fundación Lockman (y ofrece sus razones muy personales y subjetivas por ello), pero que también citará otras versiones y recomienda el uso de la NRSV para la lectura en público. Obviamente que todas estas recomendaciones son irrelevantes para nuestro caso. Por ello, seremos prácticos, ciñéndonos al estilo de la casa editorial Puma, y nos limitaremos a citar de la NVI o, en casos donde sea necesario una versión más literal, citaremos la Reina-Valera 1960.
28. Douglas Stewart sugiere que en este caso estamos frente a «una visita visionaria a un lugar visionario». *Ezequiel: Mastering the Old Testament*, Dallas: Word, 1988, p. 343.
29. Juan Calvino, *A Harmony of the Gospels, Matthew, Mark and Luke*, Calvin's New Testament Commentaries, ed. David W. Torrance and Thomas F. Torrance, trad. A. W. Morrison, Grand Rapids: Eerdmans, 1972, 1:248. «A menos que reconozcamos tal autoridad en la Palabra, a fin de que nos sea cierto que, una vez Dios ha hablado a sus ministros, nuestros pecados nos son perdonados, y que hemos sido restaurados a la vida, toda nuestra confianza en nuestra salvación colapsa» (p. 250).
30. R. G. V. Tasker, *The Gospel According to Matthew: An Introduction and Commentary*, Gand Rapids: Eerdmans, 1976, p. 88
31. Nota del editor: El autor usa el concepto inglés «performative», que en lingüística se usa para describir enunciados «realizativos», es decir, actos del habla que son de carácter realizable o ejecutable. Debido a ello, el autor usa un juego de palabras con los verbos auxiliares *will* and *shall*; el primero conlleva la idea de una simple acción futura, el segundo expresa mandato y determinación. Lo más cercano al español es lo que ya aparecen en las traducciones modernas, es decir, frases imperativas con modo subjuntivo: «no tengas», «no mates», «no codicies».
32. En un sermón sobre Juan 1.1-18 que le oí predicar en la Iglesia Presbiteriana Solana Beach, en la temporada de Adviento de 1987.
33. G. K. Chesterton, *Orthodoxy*, New York: Dodd, Mead & Co., 1908. p. 52. Hay versión en español, *Orthodoxia*, México: Porrúa, 1998.

34 EL HONOR DE LA PREDICACIÓN

34. Jacob Firet, *Dynamics in Pastoring*, Grand Rapids: Eerdmans, 1986, p. 33. Este es un clásico, un libro que debería ser leído por todo pastor-predicador que quiera pensar teológicamente en torno al privilegio de su llamado.

35. Citado por F. Dale Brunner, *The Christbook*, Waco, Tex.: Word, 1984, p. 135.

Darrell W. Johnson ofrece en este libro una visión inspiradora de la predicación. Con base en recursos bíblicos, así como en años de experiencia en el púlpito, muestra que la predicación es algo que trasciende a la mecánica presentación de sermones. Desarrolla el vínculo entre la tarea humana de hablar a una congregación y la acción y presencia real del Cristo vivo en y a través de la proclamación porque, como afirma el autor, cuando Dios habla, siempre ocurre algo.

El libro está dirigido a todos los interesados en cultivar un enfoque de púlpito más profundo, uno que sea instrumento de la acción transformadora de Dios. Invita al lector a comprometerse profundamente con el texto bíblico y lo desafía a hacer uso de su propia personalidad, sus dones y habilidades al comunicar el mensaje del evangelio.

Darrell Johnson ha escrito un libro que es un regalo refrescante para la iglesia, desafiando al lector a comprometerse con cada sermón, ya sea como predicador o como oyente, en un espíritu de agradecimiento lleno de asombro ante Aquel que continúa hablando la Palabra eterna de Dios a través de oradores mortales.

– Maxine Hancock, **profesora de estudios interdisciplinarios y teología espiritual del Regent College.**

Es un gran acierto publicar en español una obra gloriosa como ésta.

– Jorge Atencia, **asesor del equipo de Langham Predicación Latinoamérica.**

Darrell Johnson cree que 'siempre pasa algo' cuando se predica la Palabra de Dios. No sólo nos dice lo que sucede, sino que nos dice por qué. Este fundamento bíblico y teológico de la tarea del predicador es lo que hace que este libro sea único.

– Kenton C. Anderson, **profesor de homilética, Trinity Western University.**



Darrell W. Johnson forma parte del cuerpo docente del Regent College de Vancouver desde el año 2000, donde enseña predicación, teología pastoral y Biblia. Ha servido en varias iglesias presbiterianas en California, en la Union Church de Manila en Filipinas y en la histórica Primera Iglesia Bautista en el corazón de Vancouver, Canadá. Ha sido docente en el programa de doctorado en ministerio del Seminario Teológico Fuller en Pasadena. Darrell y su esposa, Sharon, han criado cuatro hijos adoptados de cuatro países diferentes del mundo.


**CERTEZA
UNIDA**

andamio



Certeza
Argentina

ISBN 978-612-4252-99-0



9 786124 252990

Religión - Estudios Cristianos -
Predicación